

Título: **Subjetividades en la Era digital y ética del psicoanálisis.**

Autor: Octavio Carrasco.

El psicoanálisis trabaja con lo real de los restos que constituyen al sujeto de la ciencia. Restos que hoy, en la Era digital, son el complemento circunstancial de las ofertas de certezas que inundan el mercado con objetos y discursos. Uno de esos restos, quizás el más indomeñable - aún- es la angustia. Así, como en la primera globalización acontecida en la época de los descubrimientos de América, del Renacimiento, de Gutemberg y sus caracteres, de la razón abriéndose paso en la oscuridad con Copérnico y Descartes a la cabeza, de esa época su contracara fue la instauración de la melancolía como el mal espiritual de sus contemporáneos (Burton, 2015/1621). Así, como en esa antigua y primera ampliación de la humanidad, en la actual globalización la angustia es el convidado de piedra a la fiesta del consumo global. Ese resto de la angustia es esa nada, *una* nada dirá Lacan, que se hace muy real cuando la caída de un ideal se derrumba individual y colectivamente. Curiosa cadencia del destino de la modernidad y de la posmodernidad: cuanto más se afana la humanidad en sostener con fruición la pulsión tecnológica -de muerte-, más de esa nada de la angustia surge como su sombra. Síntoma entre la pulsión tecnológica en desacatado flujo de plus de goce y la angustia de la fisura del mito individual del neurótico, o su nada misma.

En los albores del siglo de las guerras -donde se actualizó el ser para la muerte (de Heidegger) de modo atroz-, el psicoanálisis abre un camino diverso pero incluido en el sujeto de la ciencia: le da un lugar al neurótico como ciudadano con derecho a su síntoma para extraer de él un saber de sí, un saber inconsciente que de común está negado. Ese *lugar* es puesto en acto justamente en la transferencia, esa maniobra -reconocida y descubierta por capítulos- que le permitió a Freud (1994/1898) distinguir entre las neurosis actuales -o neurosis “puras”- (neurastenia, neurosis de angustia, neurosis de destino, neurosis de guerra), y las psiconeurosis de defensa: la histeria y la obsesión.

Al primer grupo las nominó neurosis actuales porque, en el tiempo de consultar, los pacientes estaban sometidos directamente a los factores patógenos y traumáticos que los enfermaban. Algunos de ellos podían establecer nexos significantes de su historia infantil y relacionarlos con su padecer, pero, si franqueaban ese Rubicón, ya dejaban de ser clasificables como neurosis actuales, para pasar a ser lo que hoy entendemos como neurosis de transferencia.

En efecto, el segundo grupo de neurosis, genuinamente descubierto por Freud, es la que más fácilmente podía establecer esos significantes entre el presente y los restos inconscientes del sujeto, en su atemporalidad y en su infinitud -asunto muy importante si por ejemplo se trata de fobias: allí el espacio es eso que siempre puede ser infinito aun con límite, sobre todo si se pone en juego la pulsión escópica.

La sexualidad reprimida de las histéricas de Freud fue el primer ejemplo clínico de anudamiento entre el acto analítico de la escucha, el lazo transferencial que lo sostiene y el discurso que se da a conocer como letra de autor en ese otro acto que nombramos como discurso del psicoanálisis. Los historiales de Freud son novelas analíticas del sujeto y su malestar *de* la cultura (no sólo se trata del malestar *en* la cultura), donde la institución del ser para el sexo que anuda el placer, el goce y el deseo, falla. La sexualidad hipertrófica de la histérica montaba en acto las perdiciones mentales de los médicos alienistas -y de otros también-, tal como se ilustra en las presentaciones de enfermos de Charcot. Claro, la puesta en escena no incluía necesariamente un lugar importante a la palabra del histérico. Y digo del histérico porque si bien algo de la palabra se registraba de las pacientes histéricas antes de Freud, la palabra actuada pero no dicha y no escuchada es la del propio deseo de los hombres de ciencia respecto del cuerpo erótico de la histérica y su demanda expuesta a cielo abierto.

En efecto, cuando el hombre de ciencia procede con su método pone en acto una de las funciones del síntoma obsesivo: al decir la verdad miente. Lo que poco antes era dominio de los curas, en la sustitución de paradigmas luego de la Ilustración, quedó del lado de la ciencia. Si antes el dominio sobre el cuerpo femenino era distribuido entre madre (comunidad del

hombre con Iglesia), esposa (cópula del hombre con la mujer), hermana-monja (conmiseración con la mujer no desposada), puta (conflicto del hombre con el anticristo: la carne), bruja (la angustia del hombre ante el saber de lo oculto) o poseída (la consternación del hombre ante el éxtasis femenino), con la ciencia se agrega una más: la histérica, la cual tiene un poquito de todas ellas con un plus de goce: tiene que trabajar. Tiene que trabajar para cumplir con su condición de objeto idealizado -que hoy parece condición necesaria para sostener la imagen de placer infinito que la pornotopía de mercado ofrece como consumo de placer-, y al mismo tiempo denuncia que eso falla. ¿Qué falla encarna la histérica? La falla de la relación sexual. Falla que promueve su repetición bajo la forma de la regulación del goce que implica toda operatoria de descarga de placer. Falla que sin la mediación del deseo entre goce y placer hace del síntoma su modo de expresión, de evocación y convocatoria al Otro que no necesariamente escucha.

La habilitación a la escucha -del otro y de sí mismo-, ese franqueamiento realizado por Freud, no sólo implicó un reordenamiento de las neurosis, sino la fundación de un método que se propone dar lugar a los significantes reprimidos del sujeto, estableciendo una apertura a querer saber de sí, de su novela familiar, de su mito individual, de sus relaciones de objeto, sin temor al olvido, ya que una de las primeras observaciones de Freud sobre el padecimiento neurótico es justamente el padecer de reminiscencias. Ese padecer es justamente el paso de sentido entre las neurosis actuales y las posibles neurosis de transferencia -a construir, siempre a construir, como un frágil castillo de naipes.

Paso de sentido que sólo puede ser navegado con series de re-significaciones con supletoriedad de los significantes del sujeto (*nachträglich* decía Freud, o *après coup* desde Lacan). Esas re-significaciones son la diferencia determinante entre la pura rememoración y la reelaboración, entre la serie infinita del síntoma neurótico y el *sinthóma* que propone el fin de análisis.

Para concluir, quería explicitar lo pertinente que me parece -para nuestra época-esta diferencia entre neurosis actuales y neurosis de transferencia. Revisando mi clínica, preparando lo que iba a decir para esta ocasión, traté de centrarme en las tareas clínicas que con mayor frecuencia me han demandado en las presentaciones sintomáticas en los 30 años que llevo en el ajo de la clínica. Posiblemente muy influido por lo que habrá sido de nosotros después de la pandemia, se me impuso la repetición de muchos inicios de tratamientos - algunos devenidos en análisis- donde la angustia y la evitación del otro dominaban el sufrimiento del sujeto. La singularidad de cada situación impide ir mucho más allá de las presentaciones, que no son mucho más que eso, pero tampoco son algo desdeñable, ya que en esas repeticiones vemos algo de ese malestar *de* la civilización que nos habita topológicamente por dentro y por fuera, *extimamente*.

Producir ese paso de sentido del sufrimiento real -actual-, ese que siempre está ahí, a un querer saber de su síntoma, es el movimiento mismo que propone la transferencia simbólica; estando advertidos de que los ropajes imaginarios con que será investida la analista son la comida de la resistencia.

Referencias:

Freud, S. (1994/1898). La sexualidad en la etiología de las neurosis. O.C. Amorrortu Editores.
Burton, Robert (2015/1621). Anatomía de la melancolía. Editorial Alianza.

